

VEGETTA777 WILLYREX

# WIGETTA

Y LA MOMIA DE RA-MON



mf



**VEGETTA777 WILLYREX**

**WIGETTA**

**Y LA MOMIA DE RA-MON**



**m̄**

© Willyrex, 2019

© Vegetta777, 2019

Redacción y versión final del texto: Joaquín Londáiz, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Ismael Municio, por el diseño de personajes y portada, 2019

© Pablo Velarde por los bocetos, el color y la creación de personajes secundarios, 2019

© José Luis Ágreda, por la línea y el color, 2019

Ilustración ganadora del concurso #WigettaFanArt: Fabrizio Maximiliano Juárez (p. 80)

Diseño de interiores: Rudesindo de la Fuente

Primera edición: abril de 2019

ISBN: 978-84-270-4556-9

Depósito legal:

Preimpresión:

Impresión:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

# ÍNDICE

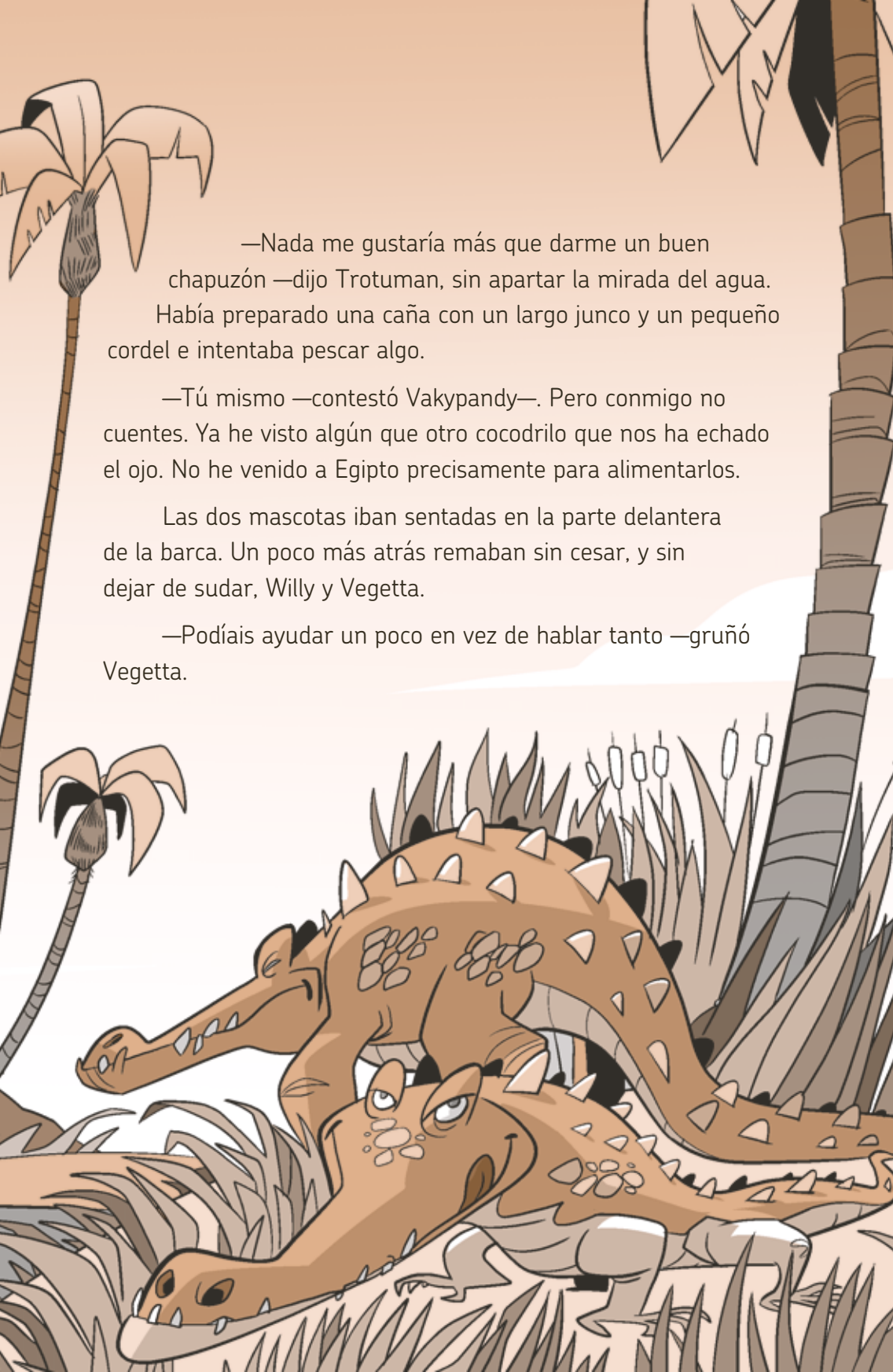
- 8** En busca de Juliana Jones
- 26** Trampophis
- 46** El lenguaje de los escarabajos
- 62** La historia de Ra-Mon
- 78** El Zafiro de la Salud
- 100** La Pirámide Perlada
- 118** ¡Encerrados!
- 138** Un camino hacia la libertad
- 158** El regreso del faraón
- 180** Unos jeroglíficos para el recuerdo



# EN BUSCA DE JULIANA JONES

La barca avanzaba lentamente sobre las mansas aguas del Nilo. El sol pegaba con fuerza desde lo más alto del cielo y el calor se estaba volviendo insoportable. No era de extrañar que Egipto fuese un país con paisajes en su mayoría desérticos. Aunque era cierto que a su alrededor había mucha agua. No en vano, el Nilo es el río más largo de África y, durante muchos años, fue considerado el más largo del mundo. Y también había vegetación. Sobre todo, en las orillas que bañaban sus aguas.



The background of the page is a stylized illustration of a desert landscape. It features several palm trees of varying heights and styles, some with large fronds and others with smaller, more delicate ones. The sky is a warm, orange-brown color, suggesting a sunset or sunrise. The overall style is simple and cartoonish.

—Nada me gustaría más que darme un buen chapuzón —dijo Trotuman, sin apartar la mirada del agua. Había preparado una caña con un largo junco y un pequeño cordel e intentaba pescar algo.

—Tú mismo —contestó Vakypandy—. Pero conmigo no cuentas. Ya he visto algún que otro cocodrilo que nos ha echado el ojo. No he venido a Egipto precisamente para alimentarlos.

Las dos mascotas iban sentadas en la parte delantera de la barca. Un poco más atrás remaban sin cesar, y sin dejar de sudar, Willy y Vegetta.

—Podíais ayudar un poco en vez de hablar tanto —gruñó Vegetta.



—Eso, eso —le apoyó su amigo, apretando los dientes.

Vakypandy fue a decir algo, pero se le adelantó Trotuman.

—Yo estoy tratando de pescar algo para la cena —se justificó—. Además, Vakypandy y yo nos hemos encargado de conseguir el transporte a muy buen precio.

**—¡A muy buen precio!**

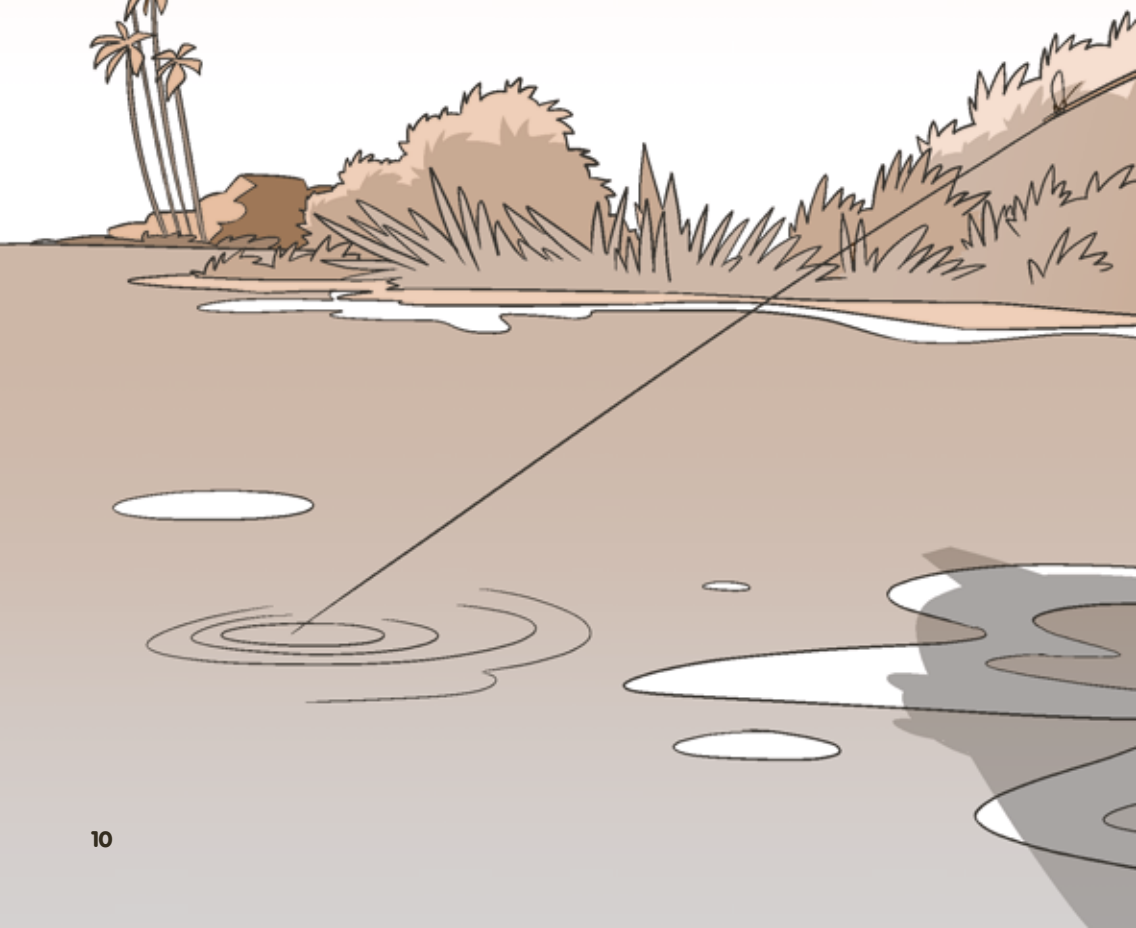
—repitió Willy, provocando que la barca se tambalease ligeramente por el sobresalto—.

**¡Tendrás cara!**

Dijiste que habías conseguido un yate climatizado que nos garantizaba las mejores vistas de día.

**—¡Y que podríamos disfrutar de las noches estrelladas desde cubierta!**

—añadió Vegetta.



Trotuman se encogió de hombros.

—La verdad es que el barco cumple con la descripción —se justificó, encogiéndose de hombros—. Está climatizado... a temperatura ambiente, las vistas son magníficas y...

—**¡Trotuman!**

—Vale, vale. No sé qué esperabais por el precio que pidieron. ¡Era una auténtica ganga!

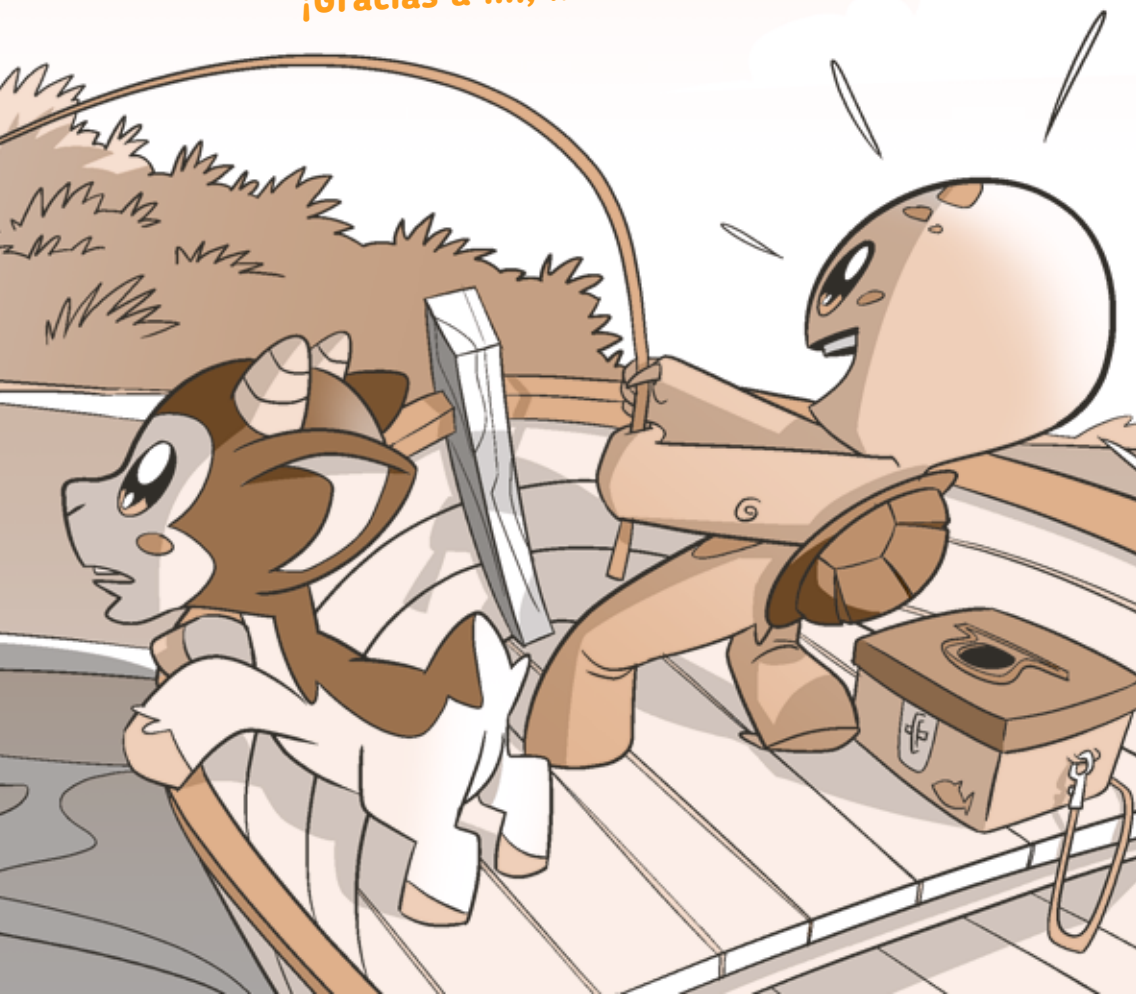
En aquel instante, la mascota de Willy sintió un fuerte tirón de la caña.

—**¡Eh!**

Parece que ha habido suerte... **¡Han picado!**

Ya os decía yo...

**¡Gracias a mí, habrá cena!**





Willy y Vegetta prefirieron no discutir y siguieron remando a buen ritmo. Aunque Egipto era un país famoso por la Esfinge y sus pirámides, estos monumentos quedaban mucho más al sur. Ellos debían poner todas sus energías en llegar cuanto antes a la ciudad de Zalika. El tiempo apremiaba. Al menos, era lo que decía la carta que habían recibido unos días atrás en Pueblo. Era de Juliana Jones, una vieja amiga de la que hacía mucho tiempo que no tenían noticias. Desde pequeña siempre había ido cavando agujeros aquí y allá, buscando tesoros por todos los rincones de Pueblo. Como es lógico, terminó estudiando arqueología y, en cuanto pudo, se marchó de Pueblo a buscar tesoros. Tesoros de verdad.

Fue toda una sorpresa recibir su carta, pues ninguno de los dos esperaba noticias suyas. Pero aún más sorprendente fue el contenido. Ni Willy ni Vegetta podían olvidar el misterioso e inquietante texto que Jones les había escrito. No era demasiado extenso y casi podían recordar palabra por palabra su contenido.



Queridos Willy y Vegetta:

Sé que ha pasado mucho tiempo desde que nos vimos por última vez. Siento no haberos escrito desde entonces, pero apenas tengo tiempo para disculparme. Estoy en un aprieto.

Me encuentro en Egipto, en la ciudad de Zalika. Estaba dirigiendo una excavación en las afueras de la localidad, cuando hicimos un gran descubrimiento: la tumba del sacerdote Trampophis, persona que estuvo muy vinculada al faraón Ra-Mon, de quien se sabe muy poco. De hecho, la localización del lugar de enterramiento del gobernante sigue siendo un misterio; es posible que en la tumba de Trampophis esté la clave para encontrar los restos de ese faraón. ¡Podría cambiar la historia del Antiguo Egipto!

Sin embargo, no todo son buenas noticias. Al entrar en la tumba, una maldición cayó sobre mí. Si en cuarenta y ocho horas no encuentro la joya central de la corona de Ra-Mon... ¡me convertiré en un escarabajo!

Acudo a vosotros porque sé que sois expertos en resolver todo tipo de misterios. ¡Necesito vuestra ayuda!

Besos desesperados,

Juliana Jones

Willy y Vegetta no habían dudado ni un segundo en ponerse en marcha. Nada les atraía más que poder vivir una buena aventura y, por lo que habían oído, la historia de Egipto estaba cargada de magia y misterios. Además, se trataba de ayudar a una amiga y en eso no iban a fallar.

Vegetta estaba preguntándose cómo era posible que alguien se convirtiera en escarabajo, cuando se fijó en la pequeña cesta de mimbre que Trotuman tenía a sus pies. Al principio había dado por sentado que allí tendría algún utensilio para la pesca o el cebo, pero sus sospechas crecieron al verle introducir la mano y llevársela después a la boca con disimulo. Tenía que estar muy desesperado para comerse los gusanitos del cebo, ¿o no?

—**¿Qué es eso que guardas ahí?**

—preguntó Vegetta intrigado.

Trotuman estuvo a punto de atragantarse.

—**Nada,  
nada...**

Vegetta sacó el remo del agua y se acercó a la parte delantera de la barca. Al abrir el cesto, encontró varios bocadillos en su interior, fruta y algo de queso, además de una botella de refresco.

—**¿Cuándo pensabas decirnos  
que tenías todo esto?**

—Es... Es un pequeño tentempié para el camino.

—**¡Será posible...!**



Willy también había dejado de remar y observaba atento la escena. La corriente del Nilo arrastró la barca muy despacio. Willy detectó movimiento a su izquierda. Un cocodrilo se acercaba con disimulo, bien camuflado entre las aguas. Probablemente el olor de la comida de la mascota había despertado su apetito. Willy miró una vez más al animal y después a la cesta de comida.

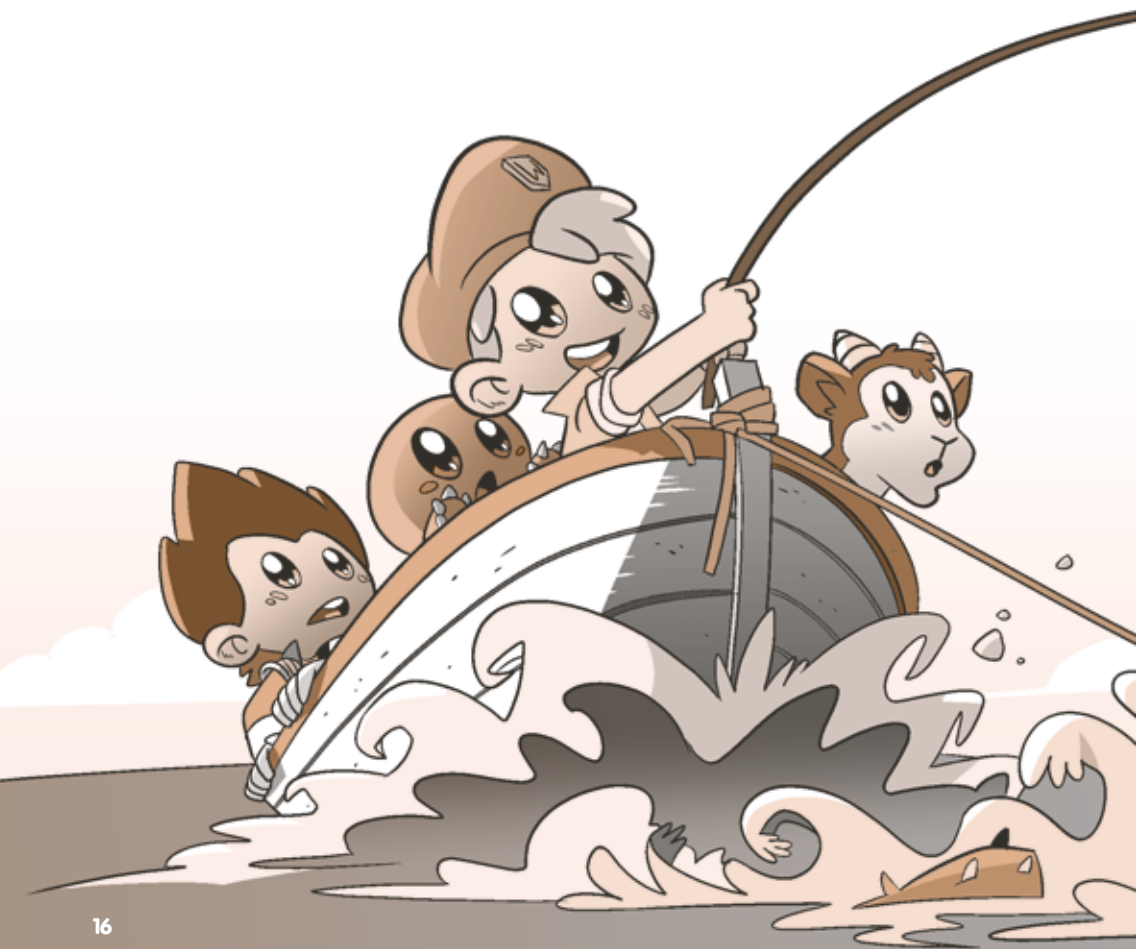
## —¡TENGO UNA IDEA!

Inmediatamente cogió la caña de Trotuman y, ante su atónita mirada, ató la cesta en el lugar donde debía estar el cebo y le pidió a Vegetta que la sujetara. Después tomó la cuerda que había en la barca para los amarres y preparó un lazo. Ya era todo un experto en aquella tarea, de manera que no le costó demasiado atrapar al cocodrilo.

—Ahora déjame la caña, Vegetta.

—¿Qué pretendes hacer con la comida? —preguntó preocupado Trotuman.

—Improvisar un motor. Ya estoy cansado de remar.



Willy se colocó en la parte delantera de la barca y preparó la caña. El cesto no quedó a demasiada distancia de la embarcación, unos centímetros por encima del agua. Atraído por el olor de la comida, el cocodrilo reaccionó y tiró con fuerza de la cuerda. La barca se vio sacudida repentinamente y los amigos estuvieron a punto de caer al agua. Al instante, comenzaron a recorrer el río Nilo a velocidad de vértigo, como si fueran en una lancha motora.

—**¿Qué os parece?**

—sonrió orgulloso Willy, observando cómo el cocodrilo tiraba de la cuerda al tratar de hacerse con la cesta.

—**¡FANTÁSTICO!** —aplaudió Vegetta.

—**INGENIOSO** —dijo Vakypandy.



—Pero...

**¿y la comida?**

Salvo Trotuman, ninguno se preocupó por los bocadillos. Viajar así era mucho más agradable. Lejos de desfallecer, el cocodrilo avanzaba con más ímpetu cada vez, con la esperanza de alcanzar el ansiado premio. Eso, como era lógico, hacía que la embarcación fuese más rápido aún.

Llegaron a Zalika mucho antes del atardecer. Tras acercar la barca a un amarradero, Willy procedió a desatar la cesta del cordel. Cuando se disponía a darle su contenido al animal, Trotuman gritó escandalizado:

**—¡Qué haces!**

No irás a darle toda esa comida al cocodrilo, ¿verdad?

—Pues claro, Trotuman —contestó Willy—. Se lo ha ganado. Imagínate por un segundo que tú hubieses sido él.

**¿Qué habrías hecho?**

—Yo me las habría apañado para hacerme con el cesto. Seguro.

Willy, Vegetta y Vakypandy rieron.

**—¡No lo dudo!**

—dijo Willy, al tiempo que liberaba al cocodrilo y le lanzaba la comida—. Bien, ahora debemos encontrar a Juliana Jones.

—¿Creéis que estará en casa? —preguntó Vakypandy.

—No lo sé —respondió Vegetta—. A estas alturas del día, posiblemente esté en la excavación. De todas formas, no perdemos nada por pasar por su casa. La dirección venía en el remite de la carta y, al fin y al cabo, estamos en Zalika.

No era una ciudad demasiado grande. Los edificios no tenían más de dos o tres alturas y en su mayoría eran blancos, para defenderse del intenso calor. A esto también ayudaban las calles estrechas, que proporcionaban sombra. El grupo atravesó una de las pocas avenidas que había en la ciudad, adornada con grandes palmeras, y Trotuman no pudo evitar la tentación de ver si tenían algunos dátiles.

—**¿Serás glotón?**

—le echó en cara Willy.

—Me habéis dejado sin merienda...

Llegaron a una gran plaza repleta de pequeños puestos en los que se vendía de todo. Había comida, especias, textiles y cachivaches de diversos tipos. Willy y Vegetta observaron que estaban desplegando varios carteles en los que se distinguía un llamativo escarabajo azul. Al parecer anunciaban la nueva exposición que tendría lugar en el Museo de Arte y Antigüedades de Zalika.





—Es una lástima que no tengamos tiempo de hacer un poco de turismo —se lamentó Vegetta.

—Tal vez podamos aprovechar el viaje cuando resolvamos el asunto de Juliana Jones —apuntó Willy, mientras consultaba de nuevo un mapa de la ciudad—. No debemos andar lejos de su casa. Sigamos.

—**¿Dónde están Vakypany y Trotuman?**

—preguntó entonces Vegetta.

Los habían perdido de vista al poco de entrar en la plaza. La aglomeración de gente y el griterío no facilitaban la tarea de buscarlos.

—Tal vez deberíamos separarnos —propuso Vegetta.

Estaban a punto de sugerir un lugar de encuentro, cuando vieron a Vakypany frente a una mesita. Tras ella había un individuo de piel morena, con un grueso bigote y un fez rojo sobre la cabeza. El hombre movía con rapidez tres cubiletes sobre la mesa, uno de los cuales escondía una bolita blanca. Empezaba a tener cara de pocos amigos porque, hiciera lo que hiciese, Vakypany siempre acertaba dónde se escondía la bolita. Eso estaba atrayendo la atención de mucha gente y no le hacía mucha gracia.

—Vakypany, debemos irnos —dijo Vegetta, intentando apartarla de allí.

—**¡Solo un poco más!**

Este juego es muy divertido.

—Pues ese hombre no tiene pinta de estar pasándolo tan bien —respondió Vegetta—. Te está mirando con una cara...



El egipcio aprovechó que Vakypandy miraba a Vegetta para mover los cubiletes más rápido que nunca. Cuando se detuvo, la mascota escogió la opción de la derecha. El hombre sonrió con malicia.

**—¡Has falla...!**

Se calló de pronto al levantar el cubilete de la izquierda y comprobar que la bolita no estaba donde él pensaba. Sí estaba bajo el cubilete de la derecha, tal y como había dicho Vakypandy. Aquello desató las risas de los presentes.

**—¡Es cosa de brujería!**

—exclamó el hombre, poniéndose en pie. Le hervía la sangre y su rostro se había encendido como una bombilla—.

**¡DEBERÍA CONVERTIRTE EN UN KEBAB!**

—¿Qué es un kebab? —quiso saber Vakypandy.

Vegetta empujó ligeramente a su mascota y aceleró el paso.

—Es mejor que no preguntes —murmuró—. En realidad, deberíamos salir de aquí cuanto antes.

Afortunadamente para ellos, había tanta gente que pronto se mezclaron entre la multitud y los gritos del hombre se perdieron a lo lejos.

—Vakypandy, no habrás usado tu magia para cambiar la bola de posición, ¿verdad?

—¡Él estaba haciendo trampas todo el rato!

Vegetta puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—Ya hablaremos de esto.

Encontraron a Trotuman en un puesto donde vendían mil tipos de sombreros y turbantes. Lo más sorprendente de todo era que había logrado regatear tanto al vendedor que se había llevado un turbante blanco... ¡y había estado a punto de conseguir que le pagasen por ello!

Abandonaron la plaza y Willy los condujo por un callejón estrecho sin salida. A pesar del alboroto que habían vivido un momento antes, esa zona estaba extrañamente silenciosa.



—Si no me he equivocado, es aquí —señaló Willy, frente a una puerta de madera—. En la segunda planta.

Accedieron a unas escaleras que los amigos subieron en silencio. Llegaron a un pequeño descansillo en el que había una sola puerta a su derecha. Vegetta fue a llamar, cuando se percató de que estaba entornada. La empujó suavemente y se abrió por completo con un chirrido.

—**¿Hola?**

—saludaron desde la entrada—.

**¿Juliana?**

Nadie contestó.

Se adentraron en el modesto recibidor, iluminado por una tenue penumbra. Escucharon el aleteo de un pájaro al huir volando de la repisa de una de las ventanas. Un simple vistazo bastó para comprender que allí no había nadie. ¿Acaso habían llegado demasiado tarde? ¿Era posible que la maldición de la que hablaba Juliana Jones en su carta se hubiese hecho realidad? Willy y Vegetta trataron de tranquilizarse pensando que lo más probable era que encontrasen a la arqueóloga en la excavación. Pero ¿cómo llegar hasta ella?

